
Chen Kaige y Tomás Gutiérrez Alea

“Adiós a mi concubina” y “Fresa y chocolate”

Realizaciones cinematográficas de China y Cuba

Han pasado por las carteleras cinematográficas de Bogotá dos películas producidas en China y en Cuba: “Adios a mi concubina” y “Fresa y chocolate”. La acogida por parte de los espectadores indica la creciente pérdida de cautividad por parte del público respecto del cine norteamericano cuando le llegan realizaciones de otros países con notable factura y temas de interés. En este caso, la capacidad de dos directores, Chen Kaige y Tomás Gutiérrez Alea, ha logrado mostrar con singular eficacia las visicitudes de la creación artística en regímenes que enclaustran las aventuras estéticas individuales dentro de ámbitos colectivos políticos y moralizantes.

“Adios a mi concubina” es el impactante relato de un arte, la ópera china, conformada según la milenaria y hermética concepción de lo artístico dentro de la cual las pasiones humanas se agitan dentro de los rigurosos estamentos de la sociedad tradicional. En la ópera china el amor, como objeto del arte, es el privilegio de grandes personajes que ejemplarizan desde allí los valores del corazón y sus infracciones para todo el conjunto de la

sociedad. Mientras el amor se hace desde arriba, los plebeyos sólo se acuestan y se reproducen. Eso, es obvio, no le gusta al socialismo. Desde la perspectiva del igualitarismo, la ópera china consagra el ritual del amor y del odio como algo sólo representable desde escenarios conspicuos. Por eso hay que acabarla y de ello se encarga la “revolución cultural”, esa nefasta calcomanía nazi que enciende hogueras callejeras para incinerar desviaciones subjetivas. La película de Chen Kaige revela eso y, sin discursos revanchistas, muestra que la ópera china no es el malévol instrumento de una ideología decadente para corromper al proletariado, sino un inmenso patrimonio cultural de la sociedad china. Que pese al elitismo de sus presupuestos crónicos y a la indudable crueldad de sus técnicas para la selección de actores, corresponde a una genuina conciencia colectiva e histórica de la nación china.

En “Fresa y chocolate” la perspectiva es igual. Un homosexual vive el proceso revolucionario cubano desde una posición en la cual se conjuga su amor por la tradición cultural patria, su leal-

tad al prospecto socio-político vigente y sus desacuerdos con el suspicaz ánimo del orden oficial contra las diferencias. Gutiérrez Alea, el director, construye dos personajes: el homosexual artista, leal a la revolución, y el heterosexual revolucionario militante, quienes a través de su amistad resaltan la compleja trama de la represión oficial contra la cultura y las opciones individuales independientes dentro de un régimen socialista. La película muestra así sobre la base de una cerrera ética igualitaria al servicio de supuestos valores populares, la tradición cultural cubana y la libertad personal filtrada según antojadizos cánones de servicio a las estrategias revolucionarias.

Desde China y Cuba estas dos películas muestran, en consecuencia, la incapacidad del totalitarismo socialista para integrar tres procesos fundamentales en la identidad de una sociedad: tradición, revolución y libertad individual. Algo así como la cuadratura del círculo para un proyecto de Estado que pretende integrar una totalidad social a partir de una estrecha particularidad de clase.

Y es sin duda el arte, por sus peculiares requerimientos de elaboración, el campo en el cual el socialismo ha mostrado con mayor crudeza el limitado alcance humanista en su retórica sobre la dignidad del hombre; sus exigencias sobre el realismo en la representación artística –las mismas del nacionalismo y del fascismo– emasculan la creatividad del ser humano, reniegan del histórico acumulado cultural hecho sobre la base de numerosas e importantes vivencias individuales, y condicionan las rupturas revolucionarias del hombre integral y las imposicio-

nes coercitivas del establecimiento político. Que tales dictados van más allá de los simples llamados de atención y de las pedagogías ideológicas, lo demuestran los recién abiertos archivos literarios de la KGB con las autocríticas bajo tortura, los feroces interrogatorios y los expedientes intimidantes producidos por creadores como Babel, Kliuiev y Gorci. Ejemplos así no faltan en China y en Cuba. Ahora bien, el hecho de que las dos películas mencionadas hayan sido producidas en los países de origen y bajo licencia oficial señalan una variación impor-

tante: aún cuando la proclividad del socialismo para perseguir la cultura no-oficial sigue siendo propia de su talento sociopolítico, las presiones internas y externas lo obligan a aligerar la presión en momentos y casos especiales. A esto último debemos la presencia en nuestro país de estas dos excelentes películas.

William Ramírez Tobón,
profesor del Instituto de
Estudios Políticos y Relaciones
Internacionales.